

¿PUEDEN LEERSE LAS CIUDADES?

Hace algunas décadas, cuando el estructuralismo se adueñó del panorama intelectual y académico de post-guerra, la interpretación de las relaciones sociales a través del lenguaje se convirtió en moneda común. De acuerdo con esta perspectiva, la sociedad se compone de un conjunto de relaciones formales que pueden analizarse de la misma manera que estudiamos las estructuras gramaticales. Forzando el símil para el tema que aquí nos ocupa, esa perspectiva supondría concebir la ciudad como un texto, la traza urbana como predicado de la misma y sus múltiples espacios como complementos que aderezan su significado. Las ciudades, sin embargo, no son una estructura intemporal de edificaciones, espacios y símbolos. Son un artificio creado y habitado por los seres humanos y, como tal, sometido a continuas transformaciones. Los múltiples significados inscritos en ellas dependen de la cambiante interacción de los individuos entre sí y con el entorno natural y construido. Por este motivo, las ciudades no se erigen exclusivamente desde el poder, el mercado o la ideología. Al estar en permanente construcción, su legado físico constituye un auténtico palimpsesto con distintos niveles de significados sedimentados materialmente sobre el terreno y estratificados con el transcurso del tiempo. Pero esa morfología urbana no habla por sí sola. Nos corresponde a los contemporáneos descifrarla. Precisamente porque las ciudades son espacios vividos, Karl Schlögel ha sostenido que no pueden leerse. Para entender un espacio, nos dice, hay que acudir a él y habitarlo.¹ Lo cierto es, sin embargo, que la propia vivencia del espacio ha de ser narrada para que tenga alguna vigencia subjetiva. Nuestra percepción del tiempo y de nuestra propia biografía está ligada a la transformación de los espacios en los que hemos vivido. Se trata de los lugares que, por así decirlo, habitan nuestra vida. Quien más y quien menos puede hacer una relación de las ciudades de su vida y de los lugares concretos que la marcaron. Esa apropiación subjetiva del espacio urbano es relativamente independiente de las particularidades que le confieren a cada ciudad una personalidad propia. Esa especificidad puede consistir en un rasgo geográfico, arquitectónico o social. La melancolía de Lisboa, por ejemplo, es inseparable de su brumosa condición atlántica. El peso de la religión se encuentra inscrito en cada piedra de la ciudad vieja de Jerusalén. Y

¹ Karl Schlögel, *En el espacio leemos el tiempo: sobre historia de la civilización y geopolítica* (Madrid: Siruela, 2007)

el cosmopolitismo financiero y humano de Nueva York se asocia invariablemente a la evolución de su impresionante *skyline*. Son estas características, más o menos reales o imaginarias, alimentadas por quienes las habitan o las visitan, las que dan sentido a expresiones como el *espíritu de una ciudad* o llevan a cuestionarse, como hace Deyan Sudjic, si una ciudad es un lugar o más bien una idea.²

La posibilidad de *leer* una ciudad implica, en definitiva, la existencia de narraciones sobre la misma. El pasado de una ciudad y de sus habitantes, lo que podríamos denominar la *memoria urbana*, está hecho de historias que se plasman de manera muy diversa. La inmensa mayoría de ellas no alcanza ninguna relevancia pública, aunque sí ciertamente personal, y muere con sus propios protagonistas. En otros casos, tales historias se popularizan o se oficializan y convierten en relatos para la posteridad. Para poder leer una ciudad necesitamos estudiar su pasado, su cultura y composición social, su diseño y las historias que relatan cómo la ciudad ha llegado a ser lo que es y cómo fue vista y vivida por sus coetáneos. Desde una perspectiva más académica, este tipo de mirada invita a pensar conjuntamente historia y lugar. La historia urbana se ha ocupado generalmente de describir el impacto del tiempo sobre la estructura física y las condiciones sociales de las ciudades. En este volumen nos hemos propuesto, por el contrario, interpretar el tiempo urbano a través de los relatos sobre sus espacios. Como dijo Friedrich Ratzel, el padre de la geopolítica, y fue retomado luego por Karl Schlögel: “en el espacio leemos el tiempo”.³ La ciudad se nos presenta en este sentido como un ámbito narrativamente mediado, un repositorio de la imaginación y de la memoria individual y colectiva de sus habitantes que nos es transmitido a través de sus historias, sus creaciones y su legado vital. Para ello hemos escogido a unos intérpretes privilegiados: intelectuales y artistas para quienes una determinada ciudad jugó un papel fundamental en su vida o en su obra. Su vivencia de la ciudad sirve así para encuadrar existencialmente su producción y comprender las transformaciones materiales, sociales y culturales de los espacios urbanos en cuestión.

² Daniel Bell & Avner De-Shalit, *The Spirit of Cities. Why the Identity of a City Matters in a Global Age* (Princeton: Princeton Univ. Press, 2011); Deyan Sudjic, *The Language of Cities* (London: Penguin, 2017).

³ Friedrich Ratzel, “Geschichte, Völkerkunde und historische Perspektive”, *Historische Zeitschrift* 93 (1904), 28.

El conjunto de ciudades que aparecen retratadas en el libro no obedece a un único criterio. El primer capítulo arranca con la Florencia renacentista y lo hace a través del principal teórico político de la modernidad: Nicolás Maquiavelo. El Renacimiento no sólo hace alusión a la recuperación de la cultura clásica como fuente de inspiración artística frente al teocentrismo medieval. El *Quattrocento* supuso también el renacer de la vida urbana en Europa, en franca decadencia desde el agostamiento del Imperio Romano de Occidente. Esa revitalización urbana lo hizo en el centro y el Norte de Italia a través de una fórmula política rescatada de la Antigüedad, la ciudad-Estado, que suponía una cultura anti-aristocrática alimentada por la virtud cívica de sus ciudadanos. Como señala Jorge del Palacio en su capítulo, los años en que Maquiavelo ejerció responsabilidades políticas en la república florentina coinciden con el desarrollo urbano de la ciudad bajo los nuevos ideales estéticos y con el lanzamiento de un programa de iconografía pública que intentaba legitimar la expulsión de los Medici del poder y ensalzar las virtudes del gobierno republicano. El segundo capítulo se centra en un tipo muy distinto de población: Aranjuez, una ciudad palaciega de jardines realengos diseñada a lo largo del tiempo bajo cánones renacentistas, barrocos y, en última instancia, ilustrados. A diferencia de otros casos, esta localidad a orillas del Tajo fue palacio antes que ciudad y sus bosques y jardines su razón de ser, no un mero aditamento ornamental. Aunque ha sido objeto de piezas musicales y de diversas formas de representación pictórica y dramática, Francisco Colom se sirve de dos novelas de José Luis Sampedro (*Real Sitio* y *El río que nos lleva*) para retratar los contrastes territoriales, urbanos y sociales de Aranjuez desde su condición original de enclave recreativo de la monarquía hasta su transformación actual en un suburbio madrileño, así como las contradicciones por las que atraviesan las ciudades convertidas en patrimonio histórico.

En otros capítulos del libro se analiza un *tipo ideal* más que una ciudad concreta, es decir, un compendio de cualidades que no corresponden a ningún ejemplo determinado, pero que sirven para establecer una tipología. Así ocurre con la idea de la *ciudad virreinal* que domina la angustiada reflexión de José Vasconcelos sobre la identidad nacional mexicana, tal y como explica Tomás Pérez Vejo en su capítulo. Lejos de Dios, pero muy próximo a los Estados Unidos, según dejó dicho Porfirio Díaz, el México posterior a la Revolución se debatía entre un indigenismo políticamente impostado y la absorción por la modernidad anglosajona del Norte. Frente a ambos opuestos, Vasconcelos vio en las ciudades virreinales la expresión de una poderosa

energía civilizatoria decaída, pero aún latente, que podía dar forma a una identidad hispanoamericana global y a un proyecto nacional propio y original para México. Un tipo ideal es también el que contrapone la comodidad de la moderna vida urbana, representada en el siglo XIX por París, y la rusticidad del entorno rural portugués que retrata José Maria Eça de Queirós en su novela *La ciudad y las sierras* y en otros escritos, todos ellos con un trasfondo biográfico. Sin embargo, a diferencia de autores como el argentino Domingo Faustino Sarmiento o, hasta cierto punto, el propio Vasconcelos en México, Eça no equipara respectivamente el medio urbano y el rural con la civilización y la barbarie. Su perspectiva europea marca sin duda una diferencia con la realidad social a la que aquellos autores se enfrentaban y lo aproxima más al espíritu de algunos padres de la sociología, como Georg Simmel y su preocupación por la pérdida de sentido vital con la modernidad en general y con la vida en la gran urbe en particular. La crítica de Eça a la ciudad y su redescubrimiento de los valores anímicos de la vida campestre no es pues, como señala Ángel Rivero en su capítulo, la propia de un reaccionario, sino más bien la de un escéptico melancólico alejado de sus orígenes vitales.

La apropiación biográfica de la ciudad perdida, en este caso de Berlín, es también lo que ocupa a José María González en su capítulo sobre Walter Benjamin. Hijo de una acomodada familia judía y obligado a huir de Alemania por la llegada del nazismo, los escritos de Benjamin sobre París y el arte urbano de la *flânerie* son más conocidos que las crónicas sobre su infancia y juventud en Berlín, su añorada ciudad natal. De todos los autores tratados en este volumen, quizá sea éste el que más se aproxime a concebir la ciudad como un texto abierto que nos habla a través de sus calles, sus imágenes y las infinitas experiencias inconexas del deambular atento por ella. Esa topografía berlinesa de la infancia de Benjamin constituye en buena medida un recorrido por los lugares de la memoria del militarismo prusiano que forjó el segundo *Reich* y por los distintos espacios sociales -burgueses y obreros- de la Alemania guillermana. La inclusión de la fotografía entre los recursos para narrar la ciudad es lo que hace particularmente interesante la mirada de Gyula Halász, alias Brassai, sobre París. No se trata en este caso de un género como el del retrato urbano o las *vedute* sino, como indica Victoria Mateos en su capítulo, de una transformación del ojo del *flâneur* en obturador fotográfico. Brassai retrata sobre todo los bajos fondos de París, los espacios por donde pululan la canalla y la bohemia, y lo hace de noche, mostrándonos con sus imágenes fantasmales y juegos de sombras una dimensión oculta de la ciudad. De hecho, el París nocturno es una ciudad distinta, una

ciudad aparentemente vacía bajo la que bulle otra sociedad que se resiste a ser higienizada y apartada, pugnando por ocupar los mismos espacios que los habitantes diurnos. La vida bohemia y el caldo intelectual que, a falta de grandes salones literarios, hervía en los bares y prostíbulos caribeños es el hilo que indirectamente vincula el capítulo anterior con el de Carlos Patiño sobre Gabriel García Márquez y sus años de reportero en la ciudad colombiana de Barranquilla. Aunque había vivido en ella de pequeño, Gabo retorna a la ciudad casi por accidente, huyendo de los disturbios del *Bogotazo* que, a raíz del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, inaugurarán medio siglo de violencia en Colombia. Barranquilla constituía en ese momento un insólito polo de modernidad económica y cultural en la costa del Caribe colombiano. En ella cuajó a finales de los años cincuenta lo que se dio en llamar el *grupo de Barranquilla*, una nutrida e influyente tertulia intelectual que deambulaba por cafés y tabernas en veladas interminables donde se bebía y bromeaba tanto como se discutía de literatura, cine o pintura. El recuerdo de aquellos años y de aquellos antros nos ofrece una original visión de la ciudad y un trasunto urbano de lo que serán algunos de los tópicos literarios más conocidos de la obra de García Márquez.

El ambiente tropical nos traslada en el capítulo de Roberto Goycoolea a otra ciudad sobre el Atlántico, esta vez en las costas africanas: Luanda. Su narrador es Artur Carlos Maurício Pestana dos Santos, de pseudónimo literario Pepetela, un angoleño blanco descendiente de colonos portugueses que de muy joven comienza a luchar por la independencia de su tierra natal. Luanda le sirve a Pepetela de escenario para desentrañar en sus historias la complejidad de la condición postcolonial. Su búsqueda de una referencia identitaria para la nacionalidad angoleña que supere las difíciles relaciones interraciales lo aproxima en cierto modo a las inquietudes de Vasconcelos, pero aquí la ciudad heredada de la colonia atraviesa una decadencia de distinto tipo. Luanda vivió durante las últimas décadas del régimen portugués una inusitada modernidad arquitectónica, de raíz en gran medida autóctona, que Goycoolea rescata del olvido. La guerra civil desatada con la independencia provocó una devastación urbana que fue más allá de la tradicional pobreza de los barrios informales de invasión. Los acuerdos de paz y el auge del petróleo propiciaron después la llegada de un capitalismo salvaje cuya capacidad destructiva del tejido urbano, esta vez en forma de desenfreno especulativo y ansias de emulación de una *Dubái africana*, no es menor que la anterior. Al igual que Pepetela, Albert Camus era descendiente de colonos europeos en la Argelia francesa, un *pieds-noirs*, pero a diferencia de aquél, su posición en el momento de la ruptura colonial

fue más ambigua y personal: creo en la justicia -contestó cuando le preguntaron por el conflicto argelino- pero defendería a mi madre antes que a aquella.⁴ Su vivencia de Argel atraviesa buena parte de su obra, pero se encuentra inscrita en una concepción más amplia de los bienes vitales que aportan las ciudades. Como señala David Jiménez en su capítulo, las ciudades europeas eran, según Camus, ciudades cerradas sobre su propia memoria y pasado histórico. Argel ofrecía, en cambio, la generosidad de la carencia de historia -una desmemoria, añadimos nosotros, sólo comprensible desde la perspectiva colonial- y el derroche de lo que Jiménez denomina los *bienes naturales*. En Argel se vivía de puertas afuera, como hacía el propio Camus, volcado sobre el cuerpo y el disfrute estival de la naturaleza en la playa, un consuelo democrático para quienes no tenían otros recursos, pero la vida en ella se consumía rápida y sus placeres quedaban a la postre sin esperanza.

Esta serie de ejemplos nos ofrece, en definitiva, una perspectiva amplia y variada sobre las posibilidades de leer las ciudades a través de unos textos e intérpretes de excepción. El difícil equilibrio entre el autor, su obra y su ciudad se intenta resolver en cada caso a favor de la última, pues es la historia de las ciudades, su textura física, social y política, lo que aquí nos interesa. Corresponde, sin embargo, a quienes lean estas líneas apropiarse vitalmente de las ciudades en las que habitan y de aquellas que visitan con su imaginación a través de sus lecturas.

Francisco Colom González

⁴ Existen diversas informaciones que señalan esa frase como apócrifa, inserta en una declaración más amplia <<https://dicocitations.lemonde.fr/citations/citation-162951.php>>